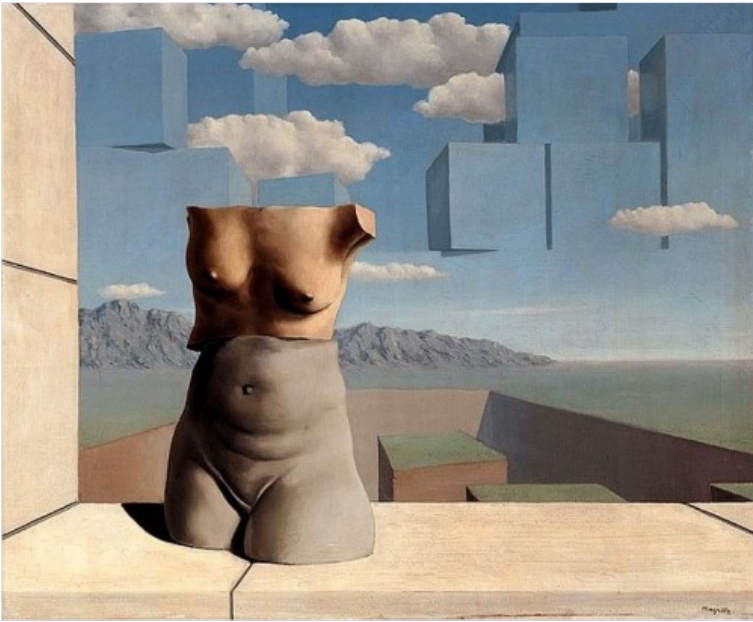




ESOS MUNDOS



MARIO BERARDI



Berardi, Mario

Esos mundos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas
Circulares, 2014.

88 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-34-0

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
NOVIEMBRE 2014

Diseño de tapa: Florencia Biondo

Imagen de tapa: René Magritte

Foto de solapa: Lucía Berardi

Contacto con el autor: marioaberardi@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

MARIO BERARDI

ESOS MUNDOS

-CUENTOS-

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

I

MUNDOS INCIERTOS

DIRECCIONES

La Estación Central queda, como es natural, justo en el centro de la ciudad. Desde allí, uno puede escoger el destino que quiera para sus viajes. Claro que hay que tener la paciencia y la habilidad necesarias para encontrar el punto de embarque. Por ejemplo: se puede tomar un tren hacia el sur, que sale ya cargado de mochileros, mantas araucanas y grandes cantidades de polvo del camino. O tomar un tren hacia el norte, repleto de indiecitas taciturnas, gallinas y coplas al viento.

Hay también servicios de lujo, como ese crucero que promete recorrer los mares del deseo y la alegría, a bordo de una ciudad flotante que repite calle a calle y beso a beso los designios de la ciudad de afuera.

Para los más humildes, hay alquiler de bicicletas, a pagar sólo en caso de que el cliente encuentre la felicidad.

Las mujeres en busca de amor pueden hacer viajes iniciáticos que incluyen indignaciones, asombros y encuentros casuales con hermosos revolucionarios, justo en medio del monte. Y para los que aman lo natural, se ofrecen senderos arbolados que llegan al otro extremo del planeta.

En las terrazas, miles de aviones parten hacia otros cielos, y se ofrecen naves del futuro para viajeros de largo aliento. Allí pueden encontrarse los mejores bares, las mujeres más hermosas y los menjunjes más repugnantes.

En algún sitio de la Estación (que me parece que no es siempre el mismo), existe un servicio de viajes espirituales para quienes buscan elevarse y alivianarse en vida. Desde allí, puede uno dejarse llevar hasta alturas inconcebibles, de la mano de los mejores poetas. Del mismo modo, por debajo del quinto subsuelo se ofrece un servicio para quienes prefieren dejarse hundir en los abismos más siniestros, también de la mano de los mejores poetas.

Para los amantes de las historias viajeras, existe una oficina de transbordos literarios, que une la Estación central con la

estación veraniega, y de allí a la vera de la lengua, que alcanza la estancia en el centro de las ansias y la transita mas no la niega.

Los viajes interiores corren por cuenta de cada quien, siempre y cuando se esté en condiciones de encontrar los rumbos para entrarse y salirse.

El hall central está siempre atiborrado de viajeros en busca de alguien que los ayude a encontrar las decisiones correctas. No es para menos: se parte de allí en todas las direcciones, a la derecha y a la izquierda, al frente y al contra-frente, al futuro y la retaguardia, al heroísmo y la nostalgia.

Hay quienes viajan en busca de amores perdidos, quienes lo hacen solo por moverse un poco, quienes no paran de ir de destino en destino. La mayoría de los viajeros, a decir verdad, se demoran largamente en los laberintos de la terminal, confundidos por la infinidad de destinos que ésta ofrece.

Incluso, por lo que sé, hay un servicio que lleva directo a la muerte, en un viaje inmóvil, opaco y silencioso, aunque por razones de decoro nunca se anuncia su partida.

EXTRAÑA MUERTE EN LA VEREDA

“En este pueblo nunca pasa nada”, suele decir nuestra gente. Hoy, sin embargo, el estupor se ha apoderado de la comunidad toda, merced a las circunstancias particulares que rodean el suceso de la calle Calderón.

Pues bien, es nuestro deber como periodistas contar siempre la verdad. Y también esforzarnos por descubrirla cuando ésta se esconde tras un manto de misterio o de incertidumbre. Lo cierto es que, exactamente a las once y dieciocho de la mañana del domingo, el colega Carlos Demichelis se encontraba en el lugar de los hechos, justo frente a la puerta vidriada de la calle Calderón al setecientos. Es de suponer que entonces sacó la libreta de apuntes de su viejo saco de corderoy, miró con gesto maquinal hacia lo alto del edificio, y se dispuso a escribir la crónica que le había sido encomendada por el prestigioso matutino “La Voz Intransigente”. En ese momento, Demichelis contaba con exactamente cuarenta y dos minutos para enterarse de lo que había sucedido, entrevistar a posibles testigos, curiosos o entrometidos, tomar algunas notas, correr hasta la redacción, sentarse frente a su anacrónica máquina de escribir, redactar la nota, corregirla someramente y llegarse de un salto hasta el escritorio del jefe de redacción con al menos una página terminada. Al mediodía todo habría terminado. Una vez cumplida su misión —habrá pensado entonces el cronista—, podría dejarse deslizar en el sopor de otra tarde de domingo en su departamento de soltero, a la espera de una módica noche de chimentos en el bar, cerveza y amigos.

En la redacción, a esa altura, solo le habían explicado lo poco que sabían: un joven había muerto cayendo a la vereda desde una altura considerable. Esos pocos datos lo impulsaron a decidir, a priori, que el título de su crónica tenía que ser *Extraña muerte en la vereda*.

Demichelis miró a su alrededor, en busca de manchas de sangre, pero no vio ninguna. Era evidente que la Policía ya

había estado por ahí, limpiando todo. “El caso, entonces, ya debe estar resuelto”, pensó ingenuamente, sin notar que, de ser esto cierto, el título que había decidido para la crónica perdía todo sentido. Sin tiempo para más cavilaciones, buscó al encargado del edificio, dispuesto a interrogarlo con su amable sonrisa profesional.

Según el hombre, a quien conocía de vista, un joven se había caído cuando intentaba escalar, con ayuda de una soga, por la pared del frente del inmueble. Demichelis alzó la vista y creyó ver, a la altura del cuarto o quinto piso, una sombra ondulante, un destello fugaz, un aleteo que bien podía ser una soga. Tomó algunos apuntes en su libreta, más por hábito que por necesidad, mientras intentaba ir armando el relato en su mente.

Serían más o menos las once y veinticinco cuando la vereda empezó a poblarse de vecinos en pijama con sus diarios bajo el brazo, ojeras, caras sin afeitar, perritos husmeadores. Una señora entrada en carnes, cubierta apenas por un batón verde, le acercó otra versión de los hechos, sin necesidad de interrogatorio alguno. Los “estudiantes del cuarto piso” (así los llamó ella, con cierto desdén) habían tenido una noche pesada. Como suelen hacerlo, los *estudiantes* (esta vez la palabra sonó aún más contundente) habían invitado a unas “loquitas” al departamento (Demichelis anotó la palabra en su libreta sin quitar la vista de la señora). Después bebieron, o se drogaron de más. Y bueno, ya se sabe, la cosa terminó mal. Uno de ellos salió volando por la ventana.

La historia, así contada, era ya interesante. Pero cuando Demichelis insistió con algunas preguntas de rigor (¿por qué?, ¿usted lo conocía?, ¿cómo sucedió?) la señora se secó la frente con su pañuelo arrugado, buscó complicidad en las miradas de las vecinas y repitió su relato indignada, como si éste debiera imponerse por peso propio. Pero, notó el periodista, lo hizo matizando su hipótesis con las expresiones “como todo el mundo sabe” y “seguro que fue eso lo que pasó”.

Los vecinos callaron por respeto cuando una señora (una

de esas viejitas que todavía cubren sus pocos cabellos con una pañoleta o mantilla), avanzó unos pasos sosteniéndose como pudo en el vano de la puerta. Su voz temblaba, tal vez por la edad o por los nervios. Según el relato de la anciana, más o menos a las seis de la mañana se oyó un “batifondo en el departamento de abajo, el del cuarto piso”. Eran ruidos “como de muebles que se arrastran”, y entonces ella le dijo a su esposo: “alguien debe estar haciendo una mudanza”.

Puedo imaginarme a Demichelis, con la vista fija en un punto inescrutable, sopesando el nuevo testimonio y rearmando la crónica:

“En este pueblo nunca pasa nada, como suele decir nuestra gente. De modo que los estudiantes, abrumados por el aburrimiento, decidieron organizar una fiesta con amigas, las que fueron calificadas por los vecinos como *chicas de la vida*. La música a todo volumen no impidió a los testigos escuchar los gritos insolentes, que iban subiendo de tono a medida que la noche avanzaba. Hasta que la inocente fiesta se trocó en una gresca de dimensiones, con muebles rotos y golpes a granel. En ese momento, uno de los jóvenes salió arrojado por la ventana y (en circunstancias que se pretenden esclarecer) fue a acabar con su cuerpo destrozado sobre la vereda. Se estaría investigando el supuesto consumo de sustancias ilícitas en el inmueble.”

No estaba mal. Nada mal. Aunque quedaban todavía un par de cuestiones por resolver. Por ejemplo, no sabía el nombre del muchacho. No había hablado con la Policía. Y no había visto el cuerpo, ni siquiera cubierto por una de esas piadosas mantas blancas con que los cubren. Demasiados huecos para una historia que tenía todos los ingredientes de un verdadero éxito periodístico. “¿Y la sogá?”, debió de haber recordado Demichelis. “¿Dónde meto entonces la sogá?”. Tuvo el impulso de mirar hacia arriba pero se contuvo, temeroso de ver algo que pudiera arruinar su historia. Sin embargo, creyó percibir cierto indescifrable sonido, algo como un chasquido contra el muro, una sombra fugaz en caída libre. Claro que también

podía ser un pájaro, una sábana colgada en un balcón, un cable de teléfono.

— ¿Había o no había una soga colgando de la terraza? — se preguntó a viva voz, mientras tachaba algunas palabras en su libreta.

— Ahí está la soga. ¿No la ves? —le respondió una voz cascada—. Acá ya no se puede vivir. No se puede ni salir a la calle. ¿Vos sos periodista, sí o no? Escribí, entonces. ¡Digan la verdad...!

A esa altura, el grupito de vecinos parecía haberse renovado: ni la viejita ni la señora gorda estaban a la vista, y del encargado apenas si podía entreverse el lampazo entre una multitud de pies inquietos. El hombre siguió quejándose, era extremadamente flaco y su voz sonaba aguardentosa, desagradable:

— Alguien tiene que hacer algo, así ya no se puede vivir — increpó al joven periodista, y de inmediato se puso a contar, con un cigarrillo oscilando entre los labios, la tercera versión de los hechos: un ladrón había intentado robarles, descolgándose por una soga desde la terraza. Pero los muchachos del cuarto piso, que estaban despiertos, lo vieron y se defendieron. Demichelis apuntó la palabra “muchachos”.

— Y así fue que uno cayó al piso, justo acá —concluyó el hombre, tosió estruendosamente, escupió hacia un costado y desapareció del lugar. Demichelis, un muchacho simple pero inteligente, tuvo que haber comprendido de inmediato que, después de todo, las distintas versiones de la historia eran compatibles. Porque bien podía pensarse en un ladrón que llegaba a robar y en los estudiantes que, al mismo tiempo, estaban de fiesta con unas “loquitas”. No había contradicción alguna. Es más: todo tendría así mayor atractivo. La crónica podría empezar, ahora, diciendo:

“En la madrugada del domingo, aprovechando las sombras de la noche y el merecido descanso de los vecinos, un amigo de lo ajeno intentó ingresar al edificio de la calle Calderón al

setecientos, según la modalidad conocida como *hombre araña*, con evidentes fines de robo...”.

Seguiría luego más o menos como en la versión anterior, pero agregando en el final la lucha desesperada del joven, en legítima defensa, y su caída trágica al vacío. Aunque Demichelis no había visto el cuerpo del occiso (y en consecuencia no sabía quién era), era absurdo imaginarse al *hombre araña* cayendo desde tal altura, y que un simple estudiante, semidormido, borracho, drogado, hubiera salido indemne de esa pelea.

Entre un alboroto de reclamos indignados, una voz aseguraba haber sido quien avisó antes que nadie a la Policía. Para colmo, una cuarta versión vino a complicar aún más las cosas: una mujer cincuentona (a quien Demichelis describió en sus apuntes como “de senos generosos, apretados en una blusa amarilla”), declaró a grito pelado que hubo una explosión que los despertó a todos, y que enseguida corrió el rumor de que había un joven aplastado en la vereda.

El corrillo de vecinos pareció agitarse aportando detalles, rellenando los vacíos con afirmaciones temerarias, súbitamente convencidos de esta última conjetura.

—El ruido era mucho, pero nada de voces, ni de gritos —aseguró otro—. A las seis y media se escuchó como una explosión. Y después, nada más.

Ya nadie hablaba de sogas, muchachas de la vida, borracheras ni “hombres araña”. *¿Una explosión? ¿Cómo que una explosión?* Demichelis miró el reloj: eran exactamente las once y cuarenta y dos minutos. El tiempo corría, impiadoso, y la crónica no terminaba de resolverse. Sin embargo, puede suponerse que el joven debió haber sentido cierta satisfacción por los datos obtenidos hasta allí, sin moverse siquiera del lugar. “Después de todo”, habrá pensado, “si me sobra algo, no lo uso y se acabó”.

Respiró hondo y dedicó todavía unos segundos a repasar mentalmente el recorrido que tenía por delante para llegar, justo a tiempo, al cierre del semanario “La voz intransigente”:

“Me voy derecho por la calle Calderón, es más rápido que ir en taxi. Si veo movimiento en la Policía entro y pregunto el nombre del occiso. Solo eso. Si me ofrecen ver el cadáver les digo que no, que no tengo tiempo. Yo nunca vi un cadáver, no me gustan los muertos. Si me cruzo con el patrullero lo mismo: lo paro y les pregunto. El título está bien, “Extraña muerte en la vereda”. Pongo lo de la fiesta, sugiero lo de las chicas. En vez de “estudiante” mejor es “supuestamente estudiante”. Después va algo sobre la inseguridad en este pueblo que era antes tan tranquilo, las denuncias de un supuesto robo, los rumores sobre ruidos, gritos extraños, explosiones. Rumores. A esta hora deben estar corriendo por todo el pueblo. A los lectores les va a gustar verse reflejados...”.

Esto, palabras más palabras menos, es lo que debió haber pensado Carlos Demichelis mientras la hora del cierre se le venía encima. Por lo menos, es lo que puede deducirse del análisis de su libreta de apuntes. Lo cierto es que el joven colega, probablemente por la inexperiencia propia de la edad, no llegó a concluir su crónica, penosa tarea que asume en estas páginas nuestro centenario periódico “El Imparcial”, decano de la prensa local. Cumplimos así, una vez más, con el sagrado deber de contar toda la verdad, tal como surge de los datos que este cronista ha podido recolectar:

Está probado que, en esos fatales minutos, Demichelis tomó alguna insensata decisión, llevó hasta el exceso su curiosidad, tentó al destino en aras de su sed de verdad. Pretendió ganarle al tiempo, arrojar como un lastre la lógica periodística detrás de un impulso, un palpito, una iluminación. Es de suponer, a la luz de los nuevos datos obtenidos, que Demichelis tiene que haber subido la escalera con paso nervioso hasta el cuarto piso, golpeado la puerta del departamento que da al frente (algunas versiones, poco confiables, afirman que pateó la puerta y que entró como si fuera un ladrón), con la supuesta intención de observar de primera mano el lugar del hecho, conocer a los protagonistas, intercambiar con ellos algunas palabras que le

permitieran llenar ciertos vacíos que, de cualquier modo, no resultaban esenciales. ¿Qué importancia podía tener, después de todo, saber si había o no había allí chicas de vida ligera, si los estudiantes estaban borrachos, si había huellas de la pelea, si de la terraza colgaba o no colgaba una soga? Porque si de verdad había allí una soga, ahora resulta evidente que el joven Demichelis intentó comprobar las posibilidades del evento, tirando del nudo con demasiada energía, tal vez incluso dejándose balancear por los aires como un “hombre araña”. Y si no la había, lo más probable es que haya decidido de todos modos inspeccionar los pestillos de las ventanas, asomarse al vacío para medir distancias y verificar trayectorias.

Lo cierto es que, exactamente a las doce del mediodía, cualquiera que pasara por allí podía ver, aplastado en la vereda, el cuerpo del delito que por fin había aparecido. El cuerpo ensangrentado, todavía caliente, la mano extrañamente aferrada a la libreta de apuntes de Carlos Demichelis, de 25 años, vecino de la localidad, domiciliado en la calle Calderón al setecientos, estudiante de periodismo. Los funcionarios policiales, en un alarde de eficiencia, acudieron de inmediato, alertados por una extraña explosión. Los médicos del Hospital Municipal se limitaron a observar que nada podían hacer ellos por ese muchacho, porque estaba muerto. Los vecinos, ahora, dicen que era un muy buen chico, un vecino más.

Al cierre de esta edición, solo quedaban por esclarecer unos pocos datos menores, tales como la reconstrucción precisa de la última escena o ciertas imprecisiones sobre los horarios en que los hechos habrían sucedido. El dolor de la pérdida, que enluta a la comunidad periodística toda, no nos ha impedido, sin embargo, cumplir con nuestro deber. “El Imparcial”, una vez más, es el primer y único medio en informar qué fue exactamente lo que sucedió. Por razones de respeto a familiares y amigos, no publicamos aquí la foto del cadáver en la vereda.



Esos mundos es un libro que reúne catorce cuentos que pueden parecer, según como se los mire, muy diferentes entre sí. Pero que también pueden leerse como variantes de unas pocas obsesiones.

Hay en estos cuentos algunos escenarios y personajes que han sido tomados de observaciones directas de la vida real. Los lectores podrán identificarlos con facilidad, ya que corresponden a los fragmentos más inverosímiles y disparatados del libro. Los pequeños detalles cotidianos, por el contrario, han sido inventados por el autor apelando solo a su imaginación.

M.B.

